

neral Belgrano se preparó para emprender sobre él antes que recibiera el ejército español los nuevos refuerzos que le diesen superioridad.

El ejército independiente aumentado como he indicado debía emprender por el mes de enero del año entrante, con 4,000 hombres y aunque no los tenía, se llamó en su auxilio la milicia del Tucumán y Santiago del Estero, que se prestó con entusiasmo envanecido con los despojos que había adquirido en la batalla de Tucumán, quinientos hombres se dispusieron de ella montados y sólo esperaban la orden de emprender.

El 1° de noviembre se me ascendió a capitán de la 4a. del primero del regimiento No. 6, en que este cuerpo había sido aumentado considerablemente. Su comandante Dn. Ignacio Warnes fue relevado por el coronel Dn. Francisco Pico, quien tomó el mando, con lo que vi concluir el año 1812.

CAPITULO IV

El ejército recibió la orden de ponerse en marcha sobre la ciudad de Salta, adonde se hallaba el general Tristán, reparado su ejército con los auxilios que había recibido; esta orden se puso en cumplimiento a principios del mes de enero, con un orden admirable; nada faltaba al ejército, en el pueblo del Rosario hizo alto para esperar que el río Pasaje desaguase la impetuosidad de su corriente, adelantando partidas que cubrieron su orilla izquierda, para cuyo medio el enemigo ignoraba nuestros movimientos, al paso que el general Tristán cometió la bisoñada de no cubrir la orilla derecha que debía defender, mientras su ejército se hallase completamente en aptitud de emprender o de repeler, se descuidó y el ejército independiente pasó tranquilo este río, aunque con bastante molestia con el auxilio de algunas pelotas y un par de barcas, que de antemano se habían recibido de Buenos Aires, lo que no hubiera verificado si débilmente se hubiese defendido este paso en que se empleó todo un día, formando todo el ejército a la derecha de él; emprendió y se halló en las Lagunillas que distan cinco leguas de Salta, el 17 de febrero, a donde se le tomó prisionero un puesto avanzado; por cuya razón nada supo el enemigo aún; aquí se dejaron nuestros enfermos y continuamos la marcha por un camino desusado, para situarnos a su retaguardia y poner al ejército español en la alternativa de batirse o de rendirse, porque ya su retirada era difícil; sin embargo el enemigo destacó una fuerte columna sobre Lagunillas para reco-

nocernos, y no encontrando más que a nuestros enfermos, los degolló, replegándose en el momento sobre la ciudad para llevarles noticias que ellos tenían, por habernos reconocido la madrugada del 18; el 19 nos aproximamos a tiro de cañón de la ciudad, saludándose ambos ejércitos; el día estaba vencido y nada se hizo, el 20 amaneció lluvioso y la noche se pasó con bastante molestia por esta causa, aunque al soldado se le veía cuidar más su fusil que su individuo, síntoma de su contento y de su ligera esperanza. El ejército se aproximó un poco más en columnas de ataque, la derecha estaba encargada al batallón de Cazadores y primer batallón del No. 6, el centro al segundo batallón del mismo regimiento, y la izquierda, a los batallones No. 7 y No. 2, cerrando este último la línea. Dragones cubría la izquierda y Húsares nuestra derecha, cuatro piezas de a 4 largos y dos obuses de 6 pulgadas, era toda nuestra artillería; la reserva se encargó al batallón No. 1 y un escuadrón de Dragones. El enemigo tenía su línea formada al frente de la población, apoyando su derecha en el cerro de San Bernardo y se extendía hasta cubrir completamente toda la ciudad que tenía a su espalda, los batallones regimiento de Lima, Fernando VII, Abancay, Paruro, Paucartambo, Chichas y los de Caballería, Tinta, Chumbivilcas y Taríja con su docena de violentos de a 4 cortos que pegaban con un fuego bien cruzado sobre nuestras columnas, manifestaron que era el momento de decidir de la suerte de ambos ejércitos; [d] el suceso de Lagunillas ya estaban informados de él nuestros cuerpos, y su sangre se había enardecido, la subordinación lo contenía, y el general en jefe a pesar del estado de su salud, se presentó a disponer la dirección del ataque mandando marchar en la paralela las columnas que desplegaron sobre el enemigo que no pudo resistir la impetuosidad de nuestro ataque volviendo la espalda a su centro e izquierda, al paso que su derecha se sostenía arrollando nuestra izquierda que fue necesario auxiliar con la reserva que no fue suficiente, hasta que dos secciones del No. 6, que acudieron a sostenerla les obligó a abandonar el campo replegándose al centro de la ciudad a unos débiles atrincheramientos que habían formado en las cuatro principales entradas de la plaza que ya eran batidos por nuestra derecha y centro, con un tesón admirable que obligaron al general Tristán a pedir una capitulación que le fue concedida a discreción del vencedor, que generoso le concedió los honores de la guerra, poniendo en libertad a todos los prisioneros bajo la calidad de jurar no volver a tomar las armas contra los independientes a lo que se comprome-

tieron; dos estímulos peligrosos obligaron al general Belgrano a esta concesión, el primero, las relaciones amistosas que tuvieron con el general Tristán en Europa y ser la mayor parte de su ejército compuesto de individuos que tenían vecindad en las distintas provincias del Alto Perú; y el segundo, que nada se aventajaba con introducir tres mil y pico de hombres en las provincias argentinas que iban a sufrir necesidades que no podrían ser remediadas con facilidad, prescindiendo de la introducción de este número de enemigos más que guardar en el centro de la República, cuando ella estaba atestada de enemigos por todas partes, que tenía que combatir; estas poderosas y bien pulsadas razones son las que decidieron al general Belgrano a ser generoso, a pesar de que su línea de conducta fue reprobada por los rigoristas; el ejército que era el vencedor la aprobó como el mejor garante de su conducta, mucho más cuando el resultado de esta batalla fue guardar en nuestro poder todo su tren y parque, su armamento y banderas, trofeos de la victoria, conseguida en este día, de la que aprovecharon los milicianos de Tucumán, regresando a sus hogares armados después de cumplir con la parte que les cupo, su deber.

El batallón Cuzco se hallaba en marcha a las órdenes del coronel Picoaga, en auxilio del señor Tristán, y en Jujuy estaba el coronel Dn. Indalecio González de Socaza, con 500 hombres, quizás con el mismo objeto, el cual informado del resultado de la batalla de Salta emprendió su retirada sobre Potosí, dejando aquella pequeña ciudad a los vencedores, que se ocupó inmediatamente y en la cual recibí orden de marchar con la sección que me estaba encargada, sobre Humahuaca, para servir de vanguardia, la desempeñé hasta que el coronel Pico se hizo cargo de ella con el resto del primer batallón a que pertenecía, destacándome con una partida de nueve Dragones a tomar el cargamento que se había desembarcado de la fragata Colorada, en el puerto de Cobija, el cual [tomado] por mí, en San Pedro de Atacama y demás pueblos de esta provincia, lo conduje en 150 mulas y almacené en Humahuaca, continuando mi marcha a Potosí adonde ya se hallaba el regimiento a que pertenecía, que con el de Dragones, habían ocupado esta populosa población, a las órdenes del segundo jefe del ejército Dn. Eustoquio Díaz Vélez, a quien di cuenta de mi comisión.

Al hacerme cargo de mi compañía noté la disminución de soldados que ella tenía, cuyo mal había sido general en todas las que componían el regimiento, que me hizo fijar en solicitar su origen y

mis indagaciones tuvieron por resultado, que después de haber vencido en Salta el soldado se creyó haber cumplido su deber y exceptuado de continuar la campaña, por cuya razón la desertión fue escandalosa, reduciéndose el ejército a la mitad de su fuerza; bien fuese ésta la causa o el terror con que nuestros soldados recordaban la campaña del año 1811 en el Alto Perú, el resultado fue hallarse el general en jefe embarazado para sacar todas las ventajas que debía tomar el ejército sobre su adversario, después del brillante triunfo de Salta; sin embargo él operó como si el ejército no hubiese sido deteriorado, y las provincias de Potosí, Chuquisaca, Cochabamba y Santa Cruz de la Sierra, volvieron a pertenecer a las provincias del Río de la Plata, prodigando sus recursos; el de hombres era por entonces el que más necesitaba el ejército, y cada provincia procuró llenar el contingente que se le había señalado, con lo que el ejército se halló a fines del mes de agosto reemplazado con un poco más de la baja que había sufrido, contándose con una fuerza de cuatro mil hombres, regularizada en menos de dos meses, que nunca podía prometerse las esperanzas de llenar la falta de la que habíamos perdido, aunque los cuadros en que se había encajonado los reemplazos lisonjaba.

El gobierno de Buenos Aires instruido del nuevo triunfo adquirido se enorgulleció. Decretó profusamente el premio al ejército, declarando a los vencedores de Salta el título de beneméritos a la Patria en grado heroico, un escudo de oro a los jefes y oficiales, en cuyo centro debía verse el gorro de la libertad sostenido por la punta de un sable y el mote en su circunferencia de "La patria a los vencedores en Salta. — Año de 1813". La tropa debía llevarlo de plata con iguales jeroglíficos, y todos sobre el brazo izquierdo, al paso que a todos los jefes y oficiales que habían concurrido a las batallas de Tucumán y Salta, un grado sobre el que obtenían, por cuya razón obtuve el de teniente coronel. Parece que el gobierno de Buenos Aires quiso desmentir la mezquindad con que Pueyrredón había sido satirizado en el premio concedido al ejército en la batalla de Tucumán, que sirvió de uno de los fundamentos para su deposición, sin embargo me avanzaré a decir que ha sido la única batalla que he observado fue premiada como merecía. El ejército llevaba tres años de una campaña constante, adornada de sucesos generales que he enumerado y de infinitos parciales que he pasado en silencio, los oficiales se hallaban, con corta diferencia, en los mismos grados con que habían salido de Buenos Aires a formar el

ejército, al paso que en esta capital ascendían de capitanes a coroneles y tenientes coroneles que luego remitían al ejército a embarazar los ascensos de escala; escandaliza tener que decir que a simples particulares se les había mandado, por el representante Castelli, despachos de capitanes de ejército, a hombres que tranquilos [que] en sus casas no sabían lo que era fusil sino porque vulgarmente lo oían nombrar, así es que desaparecieron del ejército una porción de oficiales útiles que se licenciaron, y a los que permanecían, una fuerte delicadeza los contenía, sufriendo las privaciones de una en donde todo refluía contra los progresos del ejército; su constancia en los triunfos de Tucumán y Salta, que medianamente dirigidos por un ciudadano de virtudes, aprendió a ser general sin ser soldado; le fueron concedidos cuarenta mil pesos en premio, por la Asamblea de las provincias, y él ruborizado con tal premio dotó cuatro escuelas de primeras letras, que hizo fundar en Tarija, Jujuy, Salta y Tucumán, señalándole a cada una diez mil pesos, lección que debió ruborizar altamente a los encargados del poder, para que supiesen invertir sus rentas en objetos de necesidad, y de remediar las carencias de un ejército a quien se le pagaba de tarde en tarde. Querer ser libres, querer imitar el Gobierno de los Estados Unidos y no tener desprendimiento, son a la verdad contradicciones que chocan a corazones formados para la democracia, envanecidos por triunfos en que la cooperación general de todos había sido su resultado, se lo apropiaban algunos y el más atrevido en la serenidad hollaba impunemente a la moderación; el general Belgrano, repito, a quien no merecí sino desconfianzas por haber nacido en la Península contra quienes exclusivamente se dirigía la guerra, con poco conocimiento de mis compromisos anteriores sólo me dispensó consideración después de las jornadas de las Piedras, Tucumán y Salta; él se hallaba animado de un patriotismo a toda prueba y su celo era el origen; al paso que sabía distinguir lo útil despreciaba lo inútil, esto último lo hizo tocar sinsabores bien amargos, y acaso que hubiese desaparecido de la escena prematuramente: recibe dignas cenizas, en este momento en que mi pluma te recuerda, el justo tributo que mis ojos prodigan a tus virtudes; el espíritu de facción, la negra envidia, te arrancó el sepulcro donde debías descansar al lado de la tumba de Washington pero vives en el corazón de aquellos buenos ciudadanos que entrevieran en tí el héroe de la América del Sur; les faltaste y la anarquía los devora; vivirás sí, porque aún mi pluma vive para cantar tus glorias y tus virtudes; no eras espartano, pero que-

rías imitarlos, no eras Phoción en Atenas, pero eras Belgrano en Buenos Aires, cuyos hijos irán a tu tumba a derramar flores y a tomarte por modelo, si ya no han empezado. ¿Pero cómo han de empezar cuando la sangre de sus hijos humea diariamente en su plaza y en sus campos? Triste cuadro; otra pluma que te pinte, que la mía sólo hace recuerdos de las jornadas prósperas y adversas, que fijaron la emancipación Americana de la nación Española.

El General Goyeneche reunió los restos de su ejército en la villa de Oruro, luego que fue informado de los contrastes de su segundo, y su actitud debía costar otra batalla para expelerlo de este punto. El Virrey Abascal instruido de haber fracasado su ejército, tembló; el brigadier Dn. Joaquín de la Pezuela fue nombrado para relevar a Goyeneche, como igualmente a su segundo, Tristán, con el coronel Tacón, los cuales tomaron el mando en Oruro, y aumentaron el ejército con algunas compañías que mandó el virrey desde Lima, y algunos reclutas las provincias, con lo cual crearon el batallón de Cazadores y Partidarios que engrosaron con los oficiales y soldados juramentados en Salta; haciéndoles volver al servicio violentando un pacto tan sagrado como el que tenían estipulado, de modo que este ejército estaba reparado y capaz de volver a emprender. El general Belgrano no lo ignoraba, pero no se hallaba en actitud de buscarlos; su ejército recibía una nueva organización y las provincias que pertenecían nuevamente a la Unión lo exigían también; el coronel don Francisco Antonio Ortiz de Ocampo fue nombrado para dirigir la Presidencia de Charcas; el coronel Dn. Juan Antonio Arenales, la de Cochabamba; el coronel Dn. Ignacio Warnes, la de Santa Cruz, y la de Potosí se encargó al coronel Dn. Apolinario Figueroa relevando al Dr. Salinas que por su patriotismo el pueblo le había encargado antes de la llegada del vencedor, al paso que los demás destinos políticos inferiores se distribuían según las aptitudes en los emigrados que regresaban a sus hogares.

El general en jefe consagrado a dar impulso a todos los ramos de su dependencia, causaba celos a sus rivales... y la manzana de la discordia se tiró desde Buenos Aires en medio del ejército que gozando de una regular moral, respetaba a su general y lo amaba al mismo tiempo, sin que hubiese podido conseguir la desunión que se pretendía la que agregada al descontento que sembraban los afectos a la monarquía Española se progresaba muy lentamente; una ejecución terrible los contuvo en algún tanto, verificada en dos dependientes de la casa de Dn. Indalecio González de Socasa, el uno,

español, apellidado Bollar y el otro, americano, apellidado Erenosaba, convencidos de proteger la disminución del ejército que tuvo que ponerse en marcha sobre el enemigo situado en Sorasova [?] y el cual luego que supo nuestra marcha varió de posición al pueblo de [hay un blanco.— ¿Condo?] ocupando nosotros la llanura de Vilcapujio el 29 de setiembre de 1813.

El ejército había marchado desde Potosí a situarse en este punto con buen orden; la deserción no era notable, empero se observaba aquella falta de franqueza que jefe y oficiales habían tenido antes; las reuniones en el campo se ceñían a los cuerpos a que pertenecían; los del regimiento No. 1 conocían valor y constancia en los del No. 6 y Cazadores; el No. 2 cultivaba más su armonía con el No. 1, que con los demás cuerpos del ejército; el No. 7 se aislaba en sí mismo; la artillería diseminada en brigadas y comisiones, no se hacía notar; Húsares y Dragones se emulaban, de lo que resultaba que faltaba aquella unión que anima a todos los que están impregnados de un mismo interés; sin embargo se deseaba en todos la destrucción del enemigo y no se preguntaba adónde existía. Se presentó la madrugada del 1° de octubre en la llanura de Vilcapujio, en una paralela que rápidamente se iba aproximando; el cañón de alarma se disparó y todos confusamente corrieron a las armas formando la línea; Cazadores y primer batallón del No. 6 formó la derecha; segundo del No. 6 y No. 7 formaron el centro; segundo del No. 1 y el No. 2 la izquierda, Dragones y Húsares se encargaron de contener las alas y el batallón 1° del No. 1, la reserva con un escuadrón de Dragones; la artillería subdividida en tres brigadas de dos piezas cada una, fueron distribuidas en la línea que respaldada en una cadena de cerros, no dejaban probablemente operar si era necesario sobre nuestra retaguardia, sin exponerse a diseminaciones o dislocaciones de los batallones, por el asilo que prestan a la tropa cuando teme el peligro; primer defecto que se cometió; segundo, la línea se estableció sobre nuestro campamento que se mantenía existente por no haberse batido en el tiempo que había precedido y después de formada la línea que esperó a pie firme la aproximación del enemigo en cuyo intervalo sin distracción el soldado, teme el peligro, porque tiene tiempo a reflexionar en él, y mucho más el que no alcanzando su vista a reconocer toda la línea de que es parte sólo observa la del enemigo que al aproximarse la ve aumentarse progresivamente y cree que es más fuerte que a la que pertenece, en particular los soldados nuevos de que se com-

ponía la mayor parte del ejército, cuya artillería empezó a obrar antes del tiempo necesario, alentando por este medio a los que observaban que dirigida contra ellos ninguna disminución tenían en su fuerza, continuando su marcha sin alteración, hasta que los objetos más visibles descubrieron una columna más adelantada de su izquierda, que independientemente de su línea se dirigía a flanquear nuestra derecha, la cual desapareció por la impetuosidad de nuestro ataque, como igualmente toda su izquierda, y la mayor parte de su centro que no pudo resistir la fogosidad de una tropa conducida por jefes y oficiales acostumbrados al peligro, despreciándolo, entonando el himno de Tucumán cuando ya se creía que la victoria era conseguida, después de que por más de media legua se había perseguido la parte destruida del enemigo sin encontrar a quien batir el batallón de Cazadores, los dos que componían el regimiento No. 6 y aun parte del No. 7 como igualmente la caballería de nuestra derecha que acuchillaba sin resistencia y sin que se notase por nuestra parte pérdida, más que uno u otro herido del primer fuego; cuando aparece a contener nuestro progreso el coronel Dn. Eustoquio Díaz Vélez, segundo jefe del ejército, que mandó hacer alto por una porción de minutos y sucesivamente a emprender la retirada, sin alcanzar la causa de ella, la cual continuó hasta la proximidad de la cadena de cerros que teníamos a nuestra retaguardia volviendo a hacer alto, y sucesivamente ordenó trepásemos la altura dejando a los enemigos el campo de batalla y cuanto habíamos adquirido en esta jornada. Extrañando este movimiento retrógrado e ignorando la causa, procuré sobre el mismo campo instruirme de ella y su resultado muy de funestas consecuencias para la causa de la Independencia Americana en la jornada de este día; mientras nuestra derecha y centro arrollaba cuanto se le oponía, nuestra izquierda se dejó arrollar por el solo batallón Cuzco que sostenía la derecha del ejército español, el batallón No. 2 era nuevo en su fuerza, la reserva marchó a sostenerlo cerrada en masa y antes de desplegar se dejó arrollar contando poco menos de cuatrocientos hombres una victoria cedida por la fuerza de la subordinación... El batallón de Cazadores se hallaba intacto, los dos batallones del regimiento No. 6 habían dejado el campo y querían recoger sus compañeros de armas, que sus heridas les había embarazado cumplir la orden de retirada, la parte del No. 7 que apoyaba nuestra izquierda, se hallaba sin aliento y el coraje de todos había llegado a considerarse insultado al tender la vista sobre el campo de gloria que abandonaban a pesar

suyo; un cambio de dirección sobre nuestra izquierda hubiera coronado la gloria de este día, alumbrado por el luminoso astro de Tucumán, Salta y las Piedras; el general en jefe se presenta y su constancia desmayó al oír las acerbas quejas del soldado que en su rusticidad sabe expresarse: *no nos han vencido, adónde está nuestra insignia nacional, quién nos ha despojado de ella, recogimos el asta pero sin pabellón...* El silencio que guardaba era más elocuente que si hablara, y al fin pronunció estas terribles palabras, *la patria necesita de estos contratiempos para conocer a sus hijos, distinguiendo la virtud del vicio*, y tendiendo una vista lánguida sobre la llanura, *son vanos nuestros esfuerzos en este día* y dio la orden de retirada.

El enemigo aterrorizado al observar su estrago, no creía lo que veía; su general en jefe Dn. Joaquín de la Pezuela fue alcanzado en su fuga para ser instruido que era dueño del campo en que había presenciado destruido su ejército, y en más de tres horas no pudieron reunir 600 hombres a pesar de la actividad del coronel Castro, cantando una victoria que se les obsequió sobre nuestro tren y bagaje que tuvimos que abandonar, como igualmente al teniente coronel de Húsares don José Bernal, sargento mayor del No. 1 D. Francisco Tello, graduado Dn. Victoriano Noya y cadete de artillería Dn. Wenceslao Bustamante, que cayeron prisioneros en poder del enemigo, al paso que lamentando la infructuosa muerte del comandante Alvarez, sargento mayor Veldón y capitán Villegas del No. 2 cuyas víctimas harán constantemente recordar este día de luto con que se cubrió el corazón de todo buen patriota.

Emprendimos al fin la retirada a las cinco de la tarde; el regimiento No. 6 a que pertenecía, tomé el mando de él, por el abandono en que lo dejó su coronel y sargento mayor, el teniente coronel que lo era Dn. Carlos Forest, que había sido mortalmente herido, por cuya razón recayó su mando, que me gloriaba conduciendo una porción escogida de valientes a mis órdenes que procuré mantener constantemente en su unidad y moral; sin embargo, el mal ejemplo de otros había desbandado algunos, y aun todo el ejército lo hubiera efectuado si el respeto de estos valientes no los hubiera contenido; el general en jefe se halló en la necesidad de reunir los restos del ejército a la tercer jornada, y hablándoles con aquella firmeza de carácter que sabía desplegar en los contratiempos, fue suficiente para que se marchase en lo sucesivo con más orden y menos embarazo hasta el pueblo de Macha, donde encontramos al segundo jefe del ejército Dn. Eustoquio Díaz Vélez, a los coroneles Dn. F.

Pedriel del No. 1, Dn. Miguel Arauz del No. 6, Dn. F. Superí del No. 7 y al sargento mayor Dn. Benito Martínez del No. 6, que con unos trescientos o cuatrocientos hombres habían hecho alto en este punto, en que habían podido reunirlos, ya a nuestra presencia reconocieron que la pérdida había sido únicamente la del honor y nuestro antiguo crédito; la moderación animó a la mayor parte y se pensó sólo en repararnos.

Mientras esto ocurría los que se desbandaron en distintas direcciones nada respetaron y aun los equipajes de sus jefes y oficiales fue el botín en que se saciaron llevando el terror a los pueblos de nuestra retaguardia, que se alarmaron inmediatamente, hasta que informados de la situación del ejército empezaron a tranquilizarse prestando los auxilios que sus recursos les proporcionaban. El Presidente de Charcas, Dn. Francisco Antonio Ortiz de Ocampo, se distinguió a la par del gobierno de Cochabamba, Dn. Juan Antonio Arenales, remitiendo el primero caballos y el segundo hombres con que se formó un nuevo escuadrón que se tituló de la Escolta, sin que por esto dejasen los demás jefes de provincia de hacer esfuerzos para cubrir las pérdidas que se le habían hecho, entre los cuales fue el de las piezas de artillería que habíamos dejado en Salta.

Ignorantes del estado del enemigo el general en jefe ansiaba por conocer su situación y fuerza, que con variedad se hablaba de ella, sin que ninguna probabilidad fuese resultiva, lo que lo impelió a comisionar al valiente teniente de Dragones La Madrid, para que solicitase al enemigo y lo reconociese, poniéndole a sus órdenes la partida que considerase suficiente al objeto; este oficial no creyó necesario a su comisión más que dos Dragones de su confianza, y su asistente, y con ellos se puso en marcha sobre Tinguipaya [?], a cuyas inmediaciones observó la colocación de un puesto avanzado, que el enemigo situaba, reconoció el terreno y se ocultó concibiendo el plan más atrevido que puso en práctica consiguiendo su objeto, haciéndolo prisionero esa misma noche, el que presentó al otro día compuesto de un oficial y veinticinco hombres de tropa, por los cuales se supo el número y situación del enemigo; al paso que a este atrevido oficial le valió el ascenso a capitán y un crédito que supo conservar a pesar de que su figura física no manifestaba abrigar un corazón tan emprendedor.

Como entre los prisioneros tomados se encontraron varios individuos que habían sido juramentados en la batalla de Salta, los cuales tomados nuevamente con las armas en la mano pagaron bien

cara su infidelidad a su compromiso, respecto a que el general Belgrano fue inexorable en su condenación al suplicio, que se ejecutó haciendo poner sus cabezas en el campo más próximo al enemigo con que fueron horrorizados, al paso que estimulados para buscarlos en nuestro campo emprendieron su marcha sobre él; nosotros apenas habíamos subsistido en el pueblo de Macha una cuarentena de días, que no habían sido suficientes para recoger nuestros recursos, estábamos sin artillería y aun nos faltaban municiones, y sin embargo el general Belgrano se obstinó en esperar al enemigo con la fuerza que había podido reunir, es verdad que su mayor parte era la que había sabido despreciar los peligros, sin recordar el contraste de Vilcapujio que no dejaron de alcanzar sus causas y las que aún subsistían para que aquellos jefes y oficiales más experimentados dejasen de opinar por una retirada que alejase a los enemigos de sus recursos y nosotros pudiésemos proporcionarnos los nuestros; ninguna reflexión fue suficiente. El once de noviembre recibió el ejército la orden de marchar y emprendió su dirección sobre la que debía traer el enemigo, haciendo alto en el campo de Aulluma [Ayohuma], donde se acampó mirando la cuesta del Jaboncillo, por donde precisamente debía descender el enemigo; en esta situación permanecemos el doce y trece, en este día se observó que el ejército enemigo había ocupado la altura y acampado en ella, lo que probaba que el día siguiente era el destinado a una batalla que debía decidir de la suerte de ambos ejércitos, sin que por nuestra parte se hubiese puesto en ejercicio los medios de molestar a un ejército que tenía que descender al llano y formar sus columnas en él, lo que verificó tranquilamente dirigiéndose sobre nuestro flanco derecho que muy pronto manifestó su objeto: primero, no batirnos en el campo electo por nosotros; segundo, parapetarse en las desigualdades del terreno que se hallaban a nuestra derecha; tercero, tener a su retaguardia un campo extenso en que operar si les fuese necesario; cuarto, apoyar su izquierda sobre una cadena de colinas que los pusiese a cubierto de ser flanqueados, y cuya altura coronaron con antelación burlándose de nuestra impericia; quinto flanquear la dirección de nuestra retirada si obtenían alguna ventaja lo que consiguieron sin la menor oposición y que pudo todo ser evitado si el ejército independiente adelanta su ala derecha o marcha sobre el enemigo en columnas paralelas que hubieran desplegado con velocidad sobre su línea defendida por dieciocho piezas de artillería que acaso no hubieran podido manejar con tranquilidad como

lo verificaron después de bien situados; nuestro general se contentó con variar de dirección a retaguardia sobre nuestra izquierda, con bastante imperfección y sin ser molestados hasta que paralelos a la línea enemiga nos saludó con quinientos tiros de bala rasa que alcanzaban a los espectadores de nuestra serenidad, sin tener más que un pecho heroico con que repeler, pues no se quiso probar hasta que el enemigo completamente posesionado de la altura en que apoyaba su izquierda se adelantó sobre nuestra derecha rompiendo un fuego graneado sobre ella que con la mayor impunidad se hizo mortífero y para evitarlo se destacó a apagarlo el regimiento de Dragones, a cuya bisoñada se siguió la de ordenar marchase la línea sobre la del enemigo que nos recibió con un fuego devorador que consumió la flor del ejército, dejando claros que se mandó cargar por ellos la caballería de reserva, que acabó de envolvernos en su bisoñada, cantando el enemigo una victoria de que fui yo uno de sus trofeos cayendo prisionero con la destruida sección que mandaba, rindiendo mi espada a un soldado, que más generoso y valiente que su general Pezuela, me trató con la dignidad que demandaba el valor desgraciado, de que se olvidó su jefe enorgullecido por unas victorias debidas a casualidad y a jefes subalternos que supieron aprovecharse del valor americano dirigido por ellos y en favor de unas armas que sólo la ignorancia podía haberlas mantenido en sus manos para destruirnos, y la misma con que se pretendía despojarme del uniforme y ropa que cubría mis carnes; al fin cediendo por un momento a la reflexión el soldado, se presentó un oficial que me hizo conducir a un depósito donde ya encontré algunos compañeros de infortunio que progresivamente se fue aumentando hasta el número de sesenta y cuatro de toda graduación, que nos encerraron en una choza de pastor donde pasamos la noche recostados unos sobre otros, sin más abrigo que los dolorosos quejidos de los heridos y los melancólicos ayes de los que, cuál lamentaba la pérdida de un amigo, cuál la de un compañero y cuál la de una esposa e hijos que iba a ver abandonados. ¡Qué terrible noche! Y más terrible al reflexionar la suerte que nos cabría sucesivamente bajo la cuchilla del español más ignorante y sanguinario que había pisado la América del Sur, cual era el brigadier Dn. Joaquín de la Pezuela, que mandaba el ejército español; su figura grotesca y un metal de voz propio de un pirata no pronunciaba palabra que no fuese la de muerte y exterminio; este salvaje europeo me suministra materia tan vasta que no olvidaré los incidentes más pequeños de su vida en el

tiempo que permanecí prisionero bajo sus órdenes, entretanto me limitaré a seguir el curso de los sucesos resultivos de la desgraciada jornada del 14 de noviembre de 1813, llamada de Aulluma, por llamarse así el campo que desconoció a sus hijos. Apareció la aurora y con ella el acerbo dolor de nuestra situación; cada uno manifestaba los pequeños incidentes de su posición y comportamiento en la batalla y ninguno se quejó del general que no supo dirigir sus esfuerzos; tal era el amor y respeto que merecía este jefe, que ninguno osó mancillar su prestigio y a pesar de los homenajes de consideración que siempre le he tributado, me es indispensable manifestar que este jefe dejando una de las oficinas del Consulado de Buenos Aires, se le invistió con el carácter de sargento mayor del No. 1, sucesivamente su coronel y después se encargó del ejército; tenía virtudes morales que lo recomendaban y una aplicación al trabajo sin límites, pero carecía de tino táctico y de la estrategia tan necesaria para dirigir un ejército, al paso que le faltó firmeza para desprenderse de dos jefes que sabían aprovechar los momentos para hacer decaer su prestigio y cuyos celos le hicieron perder su tranquilidad, más de una vez, en el pueblo de Macha, de que quizás manó la resolución de esperar al enemigo, sin tener las probabilidades necesarias de optar alguna ventaja; tal capricho sacrificó el mejor ejército de las Provincias Unidas en aquella época, y los jefes de crédito se sacrificaron en este día. El comandante Superí del No. 7, el mayor Cano de Cazadores, los oficiales Burgos, Sancho, Romero, Carballo y otros que no recuerdo con probabilidad sus nombres, fueron sepultados en este campo de infortunio, aunque de gloria para quien inmortalizó tan respetables nombres, que siempre vivirán en el corazón de los amantes de la libertad y de la gratitud, al paso que Arauz, Estomba, Hernández, Boza y Videla, regaron con la sangre que derramó sus heridas el árbol de la libertad, cuyos frutos tomará la posteridad.

Ya estaba vencida la mañana cuando se nos intimó que debíamos marchar al pueblo de Macha; lo verificamos escoltados por el escuadrón de Chumbivilcas y se nos hizo atravesar el camino que cubrían los cadáveres de nuestros compañeros que reconocimos con el dolor que nuestro mismo infortunio prodigaba; íbamos a pie, extenuados de debilidad y nuestro abatimiento era de tal naturaleza, que pareció a nuestros ojos felices los que formaban tal espectáculo, porque a lo menos descansaban con gloria sobre una tumba basta, donde el viajero derramaba lágrimas de dolor envueltas en pla-

cer, al considerar que el don precioso de la Libertad no se puede adquirir sin estos grandes sacrificios y prorrumpirá: "Aquí yacen los restos de las preciosas víctimas sacrificadas a la libertad y a la obediencia, vuestra fructífera sangre reproducirá héroes que os vengarán con la dignidad propia de guerreros, descansad en sueño profundo que vuestra mejor tumba es el corazón de cada conciudadano vuestro, que os presentará a sus hijos cual otro modelo que deberán imitar, y vuestros sagrados nombres los recordará la posteridad con orgullo, sin que jamás queden sepultados en el olvido; ya se prepara el poeta a componernos himnos que se cantarán en torno de vuestras tumbas, produciendo la tierra flores cultivadas por la mano libre del hombre, que vendrá a derramarlas sobre vuestros restos, diciendo a los que les acompañen: paguemos al heroísmo sudamericano, el tributo que digna y justamente reclaman de nosotros". Oh, pluma mía, cómo deseo que en este momento fueses la de Camoens o Librun, para con ella representar el cuadro de vuestra gloria vencida y de los padecimientos sucesivos de vuestros compañeros de armas, cuya esperanza no ha fallecido como la vuestra.

CAPITULO V

Llegamos al pueblo de Macha, donde Pezuela había establecido su cuartel general, y nos encerraron en una de las casas que lo componen, sin más asilo que el techo que lo cubría y dos corderos que nos dieron para ochenta y dos oficiales, después de dos días que no habíamos probado ninguna clase de alimentos; supóngase a cómo nos tocaría, cuando a mí no me cupieron más que los riñones de uno, que mal asados, fueron para mí la cena espléndida de esa noche, con la cual dormí tranquilo, como a su vez le pasó a cada uno de mis compañeros, hasta que la diana tocada por los tambores nos anunció que era otro día el que se presentaba para presenciar nuestra esclavitud y los más vehementes quejidos de los que hallaba con heridas que aún no habían sido bien curadas, al paso que la taciturnidad del semblante de cada uno, daba a manifestar corazones agobiados de pesar y de una desesperación dispuesta a vengarse del más leve descuido de nuestros enemigos que con frecuencia se nos presentaban para complacerse en nuestra terrible situación, hasta que se nos hizo saber que debíamos marchar a la capital de Lima, a disposición del Virrey que lo era el Teniente General Dn. Fernando Abascal, y bajo las órdenes del sargento mayor del regimiento de Chumbivilcas Dn. Pedro Abeleyra, el cual nos